

vomitase los restos de un grande imperio; apenas se hallaba un sendero para deslizarse entre aquellas barreduras de las artes que cubren todo el suelo. Las herraduras de nuestros caballos resbalaban y se rompian á cada instantes en los lisos acantos de las cornisas, ó en el nevado seno de un torso de muger; solo el agua del rio de Balbek se abria paso entre aquellos fragmentos y lavaba con su murmurante espuma aquellos rotos mármoles que oponen un obstáculo á su corriente.

Mas allá de aquellas espumas de despojos que forman unos verdaderos méganos de mármol, está la colina de Balbek, plataforma de mil pasos de longitud y de setecientos de anchura, construida todo por mano del hombre con piedras labradas, algunas de las cuales tienen de cincuenta á sesenta piés de longitud sobre quince ó diez y seis de elevacion, pero la mayor parte de quince á treinta. Aquella colina de granito tallado se presentaba á nosotros por su estremidad oriental con sus profundas bases y sus inconmensurables moles, donde tres pedazos de granito forman ciento ochenta piés de estension y cerca de cuatro mil de superficie; con las anchas embocaduras de sus bóvedas subterráneas, donde se precipitaba el agua del rio, donde el viento arrojaba, con el agua, murmullos semejantes á los lejanos repiqueteos de las campanas mayores de nuestras catedrales. Sobre

aquella inmensa plataforma, la estremidad de los grandes templos se mostraban á nuestros ojos, destacada del horizonte azul y rosado, ó de color de oro. Algunos de aquellos monumentos desiertos parecian intactos y hubiera podido creerse que acababan de salir de manos del obrero; otros no presentaban mas que restos todavía en pié, columnas aisladas, paredes inclinadas y frontis demantelados; la vista se perdía en las esplendentes hileras de las columnatas de aquellos diversos templos, y el horizonte, demasiado elevado, nos impedia ver donde acababa aquel pueblo de piedra. Las seis gigantescas columnas del gran templo, sobre las cuales se alzaba todavía su rico y colosal entablamento, dominaban toda aquella escena, y se perdían en el cielo azul del desierto, como un altar aéreo para los sacrificios de los gigantes.

Solo nos detuvimos algunos minutos para reconocer únicamente lo que íbamos a visitar arrojando tantos peligros y distancias; y seguros en fin de poseer, para el dia siguiente, aquel espectáculo que no podian presentarnos ni aun los sueños, proseguimos nuestro camino. La tarde se acercaba; era preciso buscar un asilo, ó bajo la tienda, ó bajo algunas bóvedas de aquellas ruinas, para pasar la noche y descansar de una jornada de catorce horas. Dejamos á la izquierda la montaña de ruinas y una espaciosa playa, toda blan-

queada con fragmentos de mármoles, y, cruzando algunos herbosos prados, pastados por las cabras y los camellos, nos dirigimos hácia una columna de humo que se alzaba á unos cien pasos de nosotros de entre un grupo de ruinas interpoladas con algunas chozas árabes. El suelo era desigual y montuoso, y resonaba bajo las herraduras de nuestros caballos como si los subterráneos que pisaban fuesen á entreabrirse bajo sus piés. Llegamos á la puerta de una cabaña baja y medio tapada por las paredes de mármol degradadas, y cuya puerta y angostas ventanas, sin vidrios ni maderas, estaban construidas con mármol y pórfido, mal pegados entre sí con un poco de argamasa. Un pequeño arco diagonal de piedra se elevaba á cosa de uno ó dos piés sobre la meseta que servia de techo á aquella vivienda; y una campanita, semejante á la que se pinta sobre las grutas de los hermitaños, se mecía en ella á impulso de las bocanadas del viento;—aquel era el palacio episcopal del obispo árabe de Balbek, que vigilaba, en aquel desierto, un escaso rebaño de doce á quince familias cristianas, de la comunión griega, perdidas en medio de aquellas soledades y de la tribu feroz de los árabes independientes de Bka. Hasta entonces no habíamos visto ningun ser vivo, mas que los chacales que corrian entre las columnas del gran templo, y las pequeñuelas golondrinas, de collar de seda rosada, que ceñían, como un ornato de arquitec-

tura oriental, las cornisas de la plataforma. El obispo, prevenido por la bulla que metia nuestra caravana, acudió al instante, y saludándonos desde su puerta, me ofreció la hospitalidad. Era el obispo un anciano de hermosa presencia; tenia el cabello y la barba blancos como la plata, una fisonomía grave y dulce, un metal de voz y un modo de hablar noble, suave y armónico: era, por último, enteramente semejante a la idea del sacerdote en el poema ó la novela, y digno en todo, de mostrar su semblante lleno de paz, de resignacion y de caridad en aquella solemne escena de ruinas y meditaciones. Hízonos entrar en un pequeño patio interior, empedrado tambien con pedazos de estatuas, de mosaico y de jarrones antiguos, y entregándonos su casa, es decir, dos cuartitos bajos, sin muebles ni puertas, se retiró y nos dejó, segun la costumbre oriental, dueños absolutos de su vivienda. Mientras que nuestros árabes clavaban en el suelo, alrededor de la casa, las clavijas de hierro, para atar a ellas con argollas las piernas de nuestros caballos, y encendian otros una hoguera en el patio para disponernos el piló y cocer las tortas de cebada, salimos para echar una segunda mirada sobre los monumentos que nos rodeaban. Los grandes templos estaban delante de nosotros, como estatuas sobre sus pedestales; el sol los heria con un postrer rayo vagaroso, que se retiraba lentamente

de una a otra columna, como el resplandor de una lámpara que el sacerdote se lleva al fondo del santuario; las mil sombras de los pórticos, de los pilares, de las columnatas, de los altares, se estendian sobre la vasta selva de piedra, y reemplazaban poco á poco, en el Acrópolis, las vivas claridades del mármol y del jaspe; mas léjos, en la llanura, veíase un océano de ruinas que no se perdía sino en el horizonte;—parecia aquella una marejada de piedra estrellándose en un arrecife y cubriendo una inmensa playa con su blanca espuma. Nada se alzaba encima de aquella mar de ruinas; y la noche que caía de las alturas, ya pardas, de una cordillera de montañas, las sepultaba sucesivamente en su sombra. Algunos instantes estuvimos sentados silenciosamente delante de aquel espectáculo, y luego volvimos, con lentos pasos, al pequeño patio del obispo, alumbrado por la hoguera de los árabes.

Sentados en algunos fragmentos de cornisas y de capiteles que servían de bancos en el patio, despachamos rápidamente la sóbria comida del viage-ro en el desierto, y estuvimos un rato conversando, antes de dorminos, acerca de lo que llenaba nuestros pensamientos. La hoguera se iba apagando, pero la luna se alzaba llena y espléndida en el límpido cielo; y pasando por entre los recortes de una gran pared de piedras blancas, y los menudos en-

cajes de un agimez arabesco, que limitaban el patio por el lado del desierto, iluminaba el recinto con una claridad que irradiaba sobre todas las piedras. Al cabo todos quedamos silenciosos y pensativos; lo que pensábamos en aquella hora, en aquel sitio, tan lejos del mundo vivo, en aquel mundo muerto, en presencia de tantos mundos testigos de un pasado desconocido, pero que echa por tierra todas nuestras mezquinas teorías de historia y de filosofía de la humanidad; lo que pasaba entonces en nuestras cabezas y en nuestros corazones, solo Dios lo sabe, y nuestras lenguas no probaban à decirlo; hubieran temido profanar la solemnidad de aquella hora, de aquel astro, y aun de aquellos pensamientos;—por eso callábamos. De repente, como una dulce y amorosa queja, un murmullo grave y acentuado por la pasión salió de entre las ruinas, detras de aquella gran pared cortada por arcos diagonales y cuyo techo nos habia parecido á punto de desplomarse; aquel vago y confuso murmullo fué creciendo y prolongándose mas y mas, y al cabo percibimos un canto formado por muchas voces en coro,—canto monótono, melancólico y tierno, que subía, bajaba, moría y renacia alternativamente y se respondía á sí mismo:—era la oracion de la tarde que hacia el obispo árabe con su pequeña grey, en el ruinoso recinto de lo que habia sido su iglesia, montones de ruinas

recientemente hacinados por una tribu de árabes idólatras. Nada nos había preparado a aquella música del alma, cada nota de la cual es un sentimiento ó un suspiro del corazón humano, en aquella soledad, en el fondo de los desiertos, saliendo de aquella suerte de las mudas piedras, acumuladas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Sobrecogidos quedamos todos, y acompañamos con las aspiraciones de nuestro pensamiento, de nuestra oración y de nuestra poesía interior, los acentos de aquella santa poesía hasta que las le-
tánias cantadas apuraron su monótono estribillo, y se apagaron los últimos suspiros de aquellas piadosas voces en el acostumbrado silencio de aquellas antiguas ruinas.

La misma fecha.

Los templos nos han hecho olvidar el djerid que quería darnos el príncipe de Balbek; toda la mañana hemos pasado recorriéndolos de nuevo. A las cuatro han venido algunos árabes á avisarnos que los ginetes estaban en el llano contiguo á los templos, pero que impacientes por nuestra tardanza iban á retirarse; que el príncipe creía que aquel espectáculo no era de nuestro agrado, pues diferíamos acudir á él, y que nos suplicaba que subiésemos á

su serrallo luego que hubiésemos satisfecho nuestra curiosidad, pues nos preparaba en su palacio otra diversión. Aquella tolerancia del caudillo de una tribu feroz de los árabes mas temidos de aquel desierto nos admiraba. En general, los árabes y aun los mismos turcos no permiten visitar solos ninguna ruina de antiguos monumentos; creen que estas ruinas encierran inmensos tesoros guardados por los genios ó los demonios, y que los europeos conocen las palabras mágicas con que se descubren, y como no quieren que se los lleven, observan la mayor vigilancia sobre los francos en estos países; nosotros, por el contrario estábamos enteramente abandonados á nosotros mismos; ni siquiera teníamos con nosotros un guía árabe, y los hijos de la tribu se habían apartado por respeto. No sé en qué consiste esta respetuosa deferencia del emir de Balbek en esta circunstancia; acaso nos toma por emisarios de Ibrahim-Bajá; lo cierto es que somos harto poco numerosos para inspirar temor á una tribu entera de quinientos á seiscientos hombres acostumbrados á pelear y á vivir del fruto de sus rapiñas, y sin embargo no se atreven á acercarse á nosotros, ni hacernos preguntas, ni á oponerse á ninguno de nuestros pasos; podíamos quedarnos un mes en los templos, hacer escavaciones, llevarnos los mas preciosos fragmentos de aquellas esculturas, sin que nadie se opusiera á ello. Mucho siento, como en el mar Muerto, no haber sabido de ante-

mano la disposicion de estas tribus con respecto á nosotros, pues hubiera traído obreros y camellos de carga y enriquecido la ciencia y los museos.

Fuimos, á la salida de los templos, al palacio del emir. Un intervalo de ruinas desiertas, pero ménos importantes, separa la colina de los grandes templos, ó el Acrópolis del Balbek, de la nueva Balbek habitada por los árabes. Esta no es mas que una aglomeracion de miserables paredones, mil veces derribados en continas guerras; la poblacion se ha hospedado como ha podido en las cavidades formadas por tantas ruinas; algunas ramas de árboles, algunos techos de paja cubren aquellas viviendas, cuyas puertas y ventanas suelen cerrarse con pedazos de obras artísticas admirables.

El espacio ocupado por estas ruinas de la ciudad moderna es inmenso; se estiende á cuanto alcanza la vista y flanquea dos colinas bajas que ondean sobre el gran llano; el efecto es triste y duro. Estas modernas ruinas recuerdan las de Aténas, que ví un año ántes. El color blanco crudo y mate de aquellas paredes caidas por el suelo y de aquellas piedras diseminadas, no tiene nada de la magestad de las ruinas verdaderamente antiguas; aquello se parece á una inmensa playa cubierta por la espuma del mar. El palacio del emir es un patio bastante espacioso, rodeado de construcciones de di-

ferentes formas, presentando un conjunto bastante parecido al patio de un miserable cortijo de una de nuestras provincias mas pobres; algunos árabes armados guardaban la puerta, á la que se agolpaba la multitud para entrar; los centinelas nos abrieron paso y nos introdujeron. El patio estaba ya ocupado por todos los caudillos de la tribu y por una gran muchedumbre de pueblo; el emir y su familia, igualmente que los principales jeques, cubiertos de caftanes y albornoces magníficos, pero llenos de girones, estaban sentados en un tablado elevado encima de la multitud y contiguo al edificio principal: detras de ellos habia cierto número de servidores, de hombres armados y de esclavos negros. El emir y su comitiva se levantaron al acercarnos; ayudáronnos á escalar algunas enormes gradas formadas con piedras irregulares que servian de escalera para subir al tablado, y despues de los usados cumplimientos, el emir nos hizo sentar en el divan á su lado; me trageron una pipa y empezó el espectáculo.

Una música compuesta de tambores, de tamboriles, de agudos pífanos, y de triángulos de hierro que golpeaban con una varita del mismo metal, dió la señal: cuatro ó cinco actores, vestidos de modo mas grotesco, unos de hombres, otros mugeres se adelantaron, hasta en medio del patio y ejecutaron las danzas mas estrañas y lascivas que pueden imaginarse. Mas de una hora duraron aquellas monótonas danzas, interpeladas de vez en

cuando con algunas palabras, ademanes y mudanzas de trages y que parecían denotar una inteligencia dramática; pero lo único inteligible era la horrible y asquerosa depravacion de las costumbres públicas, indicada por el movimiento de los bailarines. Volví los ojos à un lado, y aun el mismo emir parecia que se avergonzaba de aquellos escandalosos placeres de su pueblo, y hacia, como yo, ademanes de desprecio; pero los gritos y los aplausos del resto de los espectadores se alzaban siempre en los momentos en que se revelaban las mas sucias obscenidades en las figuras del baile, y recompensaban á los actores.

Estuvieron estos bailando de aquel modo hasta que, rendidos de cansancio é inundados de sudor, no pudieron ya soportar la rapidez, cada vez mayor, de la medida, y cayeron al suelo, de donde los sacaron en brazos. Las mugeres no asistian á aquel espectáculo; pero las del emir, cuyo harem daba sobre el patio, disfrutaban de él desde sus cuartos, y las veíamos por entre los enrejados de madera agolparse á las ventanas para mirar á los bailarines. Trajéronnos los esclavos del emir sorbetes y dulces de toda especie, como tambien bebidas esquisitas, compuestas de zumo de granada y de azahar helado en copas de cristal; otros esclavos nos presentaban, para limpiarnos los labios, servilletas de muselina bordadas de oro. Tambien

nos sirvieron café y pipas varias veces. Converse media hora con el emir, y me pareció hombre de seso y de talento, muy superior á la idea que habian podido darme de él los groseros placeres de su pueblo: es un hombre de sobre cincuenta años, de hermoso rostro, de modales nobilísimos, y muy cortés y solemne, cosas todas que el último de los árabes posee como un don del clima, ó como la herencia de una antigua civilizacion. Su vestimenta y sus armas eran singularmente magníficas. Sus admirables caballos andaban diseminados por los patios y el camino; me ofreció uno de los mas hermosos, y me preguntó con la mas delicada discrecion acerca de la Europa, de Ibrahim, y del objeto de mi viage en medio de aquellos desiertos; respondíle con una afectada circunspeccion, que pudo hacerle creer que en efecto llevaba algun otro objeto que el de visitar colinas y escombros.

Ofrecióme toda su tribu para acompañarme a Damasco, atravesando la cordillera desconocida del Anti-Líbano, que yo queria reconocer. Solamente acepté algunos ginetes para que me sirviesen de guías y de proteccion, y me retiré acompañado por todos los jeques, que nos siguieron a caballo hasta la puerta del obispo griego. Dí la orden de la partida para la mañana siguiente, y pasamos la tarde conversando con el venerable

huésped a quien íbamos a dejar; algunos centenares de piastras que le dejé de limosna para su grey, pagaron la hospitalidad que de él habíamos recibido. Tuvo la bondad de encargarse de despachar un camello cargado con algunos fragmentos de escultura que yo deseaba llevar a Europa, comision que desempeñó fielmente, y a mi vuelta a Siria me hallé con aquellas preciosas reliquias, que habían llegado antes que yo a Berut.

31 de Marzo de 1833.

Salimos de Balbek a las cuatro de la mañana. La caravana se compone de nuestro ordinario número de camelleros, de árabes, de criados, de escolta, y de ocho ginetes de Balbek, que van a doscientos ó trescientos pasos delante de la caravana: empieza a amanecer en el momento en que traspasamos la primera colina que sube hácia la cordillera del Anti-Líbano: toda esta colina está surcada por inmensas y hondas canteras de donde han salido los prodigiosos monumentos que acabamos de visitar. El sol empezaba a dorar sus cimas, y brillaban bajo nuestros piés, en el llano, como rocas de oro: no acertábamos á separar de ellos nuestras miradas; veinte veces nos paramos antes de perderlos enteramente de vista;—en fin,

desaparecen para siempre bajo lo colina, y no vemos ya, mas allá del desierto, mas que las negras ó nevadas cumbres de las montañas de Trípoli y de Latakíé, que se desvanecen en el firmamento.

Las montañas, poco elevadas al principio, que atravesamos, están enteramente peladas y casi desiertas. El suelo, en general, es pobre y estéril; la tierra, donde está cultivada, es de color rojo. Hay lindos valles, de suaves declives, por donde el arado podría pasar sin obstáculo. No hallamos ni viageros, ni aldeas, ni habitantes, hasta cosa de medio día. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, á la entrada de una profunda garganta por donde corre un torrente, en seco á la sazón. Hallamos bajo una peña un manantial de agua abundante y deliciosa, de que llenamos los cántaros colgados de las sillas de nuestros caballos. Despues de dos horas de descanso, nos ponemos en marcha.

Costeamos, por un rápido y escarpado sendero, la falda de una alta montaña de roca pelada, por espacio de sobre dos horas. El valle, que se abre cada vez mas á nuestra derecha, está surcado por un ancho cauce de rio sin agua. Una montaña de roca gris, y completamente pelada, se alza al otro lado, como una pared perpendicular:—empezamos á bajar hácia la otra embocadura de aquella garganta. Dos de nuestros

caballos, cargados de bagage, ruedan en el precipicio; los colchones y las alfombras que llevan encima amortiguan la violencia del golpe, y logramos sacarlos sin lesion notable. Nos acampamos á la salida de la garganta junto á un manantial escelente.

Noche pasada en medio de aquel laberinto desconocido de las montañas del Anti-Líbano: las nieves no están ya mas que á cincuenta pasos sobre nuestras cabezas. Nuestros árabes han encendido una fogata de retama, bajo una gruta, á diez pasos de la loma donde está plantada nuestra tienda. El resplandor de la hoguera atraviesa la loma é ilumina el interior de la tienda, donde nos refugiarnos huyendo del frio. Los caballos, aunque cubiertos de sus *libets*, manta de fieltro, relinchan de dolor. Toda la noche estamos oyendo á los ginetes de Balbek y á los soldados egipcios que gimen bajo sus capas; y aun nosotros mismos, aunque cubiertos de una capa y de una manta muy tupida, no podemos soportar la impresion de aquel aire helado de los Alpes. Montamos á caballo á las siete de la mañana, con un sol resplandeciente que nos hace irnos quitando sucesivamente las capas y los caftanes. Pasamos á las ocho, en una llanura muy elevada, por un poblachon árabe, cuyas casas son grandes, y cuyos patios están llenos de ganado y de aves, como en Europa. No nos detenemos en él, porque aquel

pueblo es enemigo del de Balbek y de los árabes de Siria, compónenle unas tribus casi independientes, que tienen mas analogía con las poblaciones de Damasco y de la Mesopotamia. Parecen ricas y laboriosas; todas las llanuras al rededor del pueblo están cultivadas. Vemos hombres, mugeres y niños en los campos. Aran con bueyes. Encontramos al paso jeques ricamente montados y equipados, que van ó vienen de Damasco; su fisonomía es áspera y feroz; nos miran con malos ojos y pasan de largo sin saludarnos. Los muchachos nos gritan denuestos. En una segunda aldea, á dos horas de la primera, compramos á duras penas unas gallinas y un poco de arroz para la comida de la caravana; nos acampamos, á las seis de la tarde, en un campo elevado encima de una garganta de montañas que baja hácia un rio que vemos brillar á lo lejos; un pequeño torrente corre saltando por la garganta, y en él damos de beber á los caballos. Todavía es allí duro el clima: delante de nosotros, en la embocadura de la garganta, se alzan unos picos de peñascos, agrupados en pirámides, y se pierden en el cielo. Ninguna vegetacion hay en aquellos picos: el color gris ó negro del peñasco contrasta con la espléndida limpidez del cielo en que se pierden.

1 de Abril, 1833.

Montamos á caballo á las seis de la mañana.—Día hermosísimo.—Caminamos todo el día, sin parar, entre unas escarpadas montañas, separadas solamente por estrechas gargantas donde ruedan torrentes de nieve derretida.—Ni un árbol, ni un musgo, se ven en las laderas de aquellas montañas: sus formas singulares figuran monumentos humanos. Una de ellas se alza inmensa y perpendicularmente tajada por todos lados, como una pirámide; puede tener sobre una legua de circunferencia: no se puede descubrir como ha sido nunca posible subir á la cima; no hay resto alguno visible de senderos ni de escalones, y sin embargo, en todas sus laderas hay cavernas de todos tamaños, abiertas por mano del hombre. Hay una multitud de celdas, grandes y chicas, cuyas puertas están labradas á cincel. Algunas de aquellas grutas, cuyas bocas se abren sobre nuestras cabezas, tienen unos pequeños terrados de rocas vivas delante de sus puertas; se ven restos de capillas ó de templos, columnas todavía en pié sobre la roca: —parece aquello una columna de hombres abandonada. Los árabes dicen que los que han abierto aquellas cavernas son los cristianos de Damasco,

y creo en efecto que esta es una de aquellas Tebaidas donde se refugiaron los primeros cristianos en los tiempos de cenobitismo ó de persecucion. San Pablo habia fundado una grande iglesia en Damasco, y aquella iglesia, por mucho tiempo floreciente, corrió los azares y sufrió las persecuciones de todas las demas iglesias de Oriente.

Dejamos esta montaña á nuestra izquierda y pronto á nuestra espalda. Bajamos rápidamente, y por precipicios casi intransitables, hácia un valle mas abierto y mas ancho, que llena un hermoso rio. En sus orillas vuelve á empezar la vegetacion; —sauces, abedules, inmensos árboles de singular ramaje y hoja negra, crecen en las grietas de los peñascos que ciñen el rio. Seguimos por espacio de una hora aquellas encantadas márgenes, bajando siempre, pero insensiblemente. El rio nos acompaña murmurando y levantando espuma bajo los piés de nuestros caballos. Las altas montañas que forman la garganta de donde baja el rio, se alejan y se redondean en anchas y frondosas grupas, heridas por los rayos del sol occidental: ya es aquella una primera vista de la Mesopotamia; vemos cada vez mejor los anchos valles que van á desembocar en la gran llanura del desierto de Damasco á Bagdad. El valle donde estamos circula blandamente y se va ensanchando. A derecha é izquierda del rio, empezamos á ver rastros de cultivo y oimos lejanos mugidos de rebaños. Vergeles

de albericoques, tan grandes como nogales, ciñen el camino: pronto, con gran sorpresa nuestra, vemos separados con setos vivos, como en Europa, los vergeles y los huertos, sembrados estos de verduras y aquellos de árboles frutales en flor: unas vallas, ó unas puertas de madera, dan paso á aquellos lindos vergeles. El camino es ancho, llano, bueno, como en las cercanías de una gran ciudad de Francia: ninguno de nosotros conocia la existencia de aquel hechicero jardin en medio de aquellas inaccesibles montañas del Anti-Líbano;—evidentemente nos acercamos á una ciudad ó á una aldea de árabes cuyo nombre ignoramos; un ginete árabe á quien encontramos, dice que estamos en las cercanías de un muy estenso lugar, cuyo nombre es *Zebdani*; ya vemos el humo de sus casas que se alza entre las copas de los corpulentos árboles de que está sembrado el valle; entramos en las calles del pueblo, que son anchas, rectas y tienen una acera de losas á cada lado. Las casas que las ciñen son grandes y están rodeadas de patios llenos de ganados, y de huertos perfectamente regados y cultivados. Las mugeres y los muchachos se asoman á las puertas para vernos pasar y nos acogen con caras francas y halagüeñas. Preguntamos si hay en el pueblo alguna plaza cubierta donde podamos hacer noche, y nos responden que no, porque como *Zebdani* no está junto á ningun camino, nunca pasan por él caravanas. Llegamos despues

de haber circulado mucho tiempo por las calles del pueblo, á una gran plaza en la orilla del rio, donde una casa mayor que las otras, precedida de un terrado, y rodeada de árboles, nos anuncia la habitacion del jeque. Me presento con mi dragoman y pido una casa para pasar la noche: los esclavos van á avisar al jeque, que al punto acude en persona; es un venerable anciano, de barba blanca y fisonomía afable y franca: me ofrece toda su casa con una cordialidad que rara vez he encontrado. Al instante sus numerosos esclavos y los principales vecinos del pueblo se apoderan de nuestros caballos, los llevan á un espacioso cobertizo, los descargan y traen sacos de cebada y de paja. El jeque hace salir á sus mugeres de su habitacion y nos introduce primeramente en su divan, donde nos sirven café y sorbetes, y luego nos abandona todas las piezas de su casa. Me pregunta si quiero que los esclavos nos aderecen una comida; pero le ruego que permita que mi cocinero les evite esa molestia, y que nos proporcionen solamente una ternera y algunos carneros para renovar nuestras provisiones, apuradas desde Balbek. A los pocos minutos el carnicero del pueblo trae y mata la ternera y los carneros, y miéntras que nuestra gente nos dispone la cena, el jeque nos presenta los principales vecinos del pueblo, sus parientes y sus amigos, y aun me pide permiso para hacer introducir á sus mugeres á presencia de madama Lamartine, pues desea-

ban vivamente, me dijo, ver á una muger de Europa y contemplar sus vestidos y sus joyas. En efecto pasaron las mugeres del jeque, tapadas con sus velos, por el divan donde estábamos y entraron en el cuarto de mi muger: eran tres, y una de ellas parecia por su edad la madre de las otras dos. Las dos jóvenes eran singularmente hermosas, y parecian llenas de respeto, de deferencia y cariño hácia la mas anciana. Mi muger les hizo algunos regalillos, á que correspondieron ellas con otros. Durante aquella entrevista, el venerable jeque de Zebdani nos llevó á un terrado que ha dispuesto al lado de su casa, en la orilla del rio: varios pilares plantados en el cauce mismo del rio, sostienen un tablado, cubierto de alfombras y rodeado de un divan: un árbol inmenso, semejante á los que ya habia visto yo á la vera del camino, cubren con su sombra el terrado y todo el rio: allí es donde el jeque, como todos los turcos, pasa sus horas de solaz disfrutando el murmullo y la frescura de las espumantes aguas del rio, la sombra del árbol y los gorgoros de los mil pajarillos que le pueblan: un puente de tablas conduce á aquella especie de azotea colgante. Este es uno de los mas hermosos sitios que he contemplado en mis viages. La vista resbala sobre las últimas grupas combas y sombrías del Anti-Líbano, que señorean las pirámides de roca negra ó los picos de nieve; baja con el rio y sus olas de espuma

por entre las desiguales cimas de los bosques de variados árboles que trazan su curso, y va á perderse con él en las llanuras en declive de la Mesopotamia, que entran, como un golfo de verdura, en las sinuosidades de las montañas.

Cuando estuvo pronta la cena, supliqué al jeque que se sentase á la mesa con nosotros, lo que aceptó de muy buena gana, y le divertió mucho el modo de comer de los europeos, pues nunca habia visto ninguno de los utensilios de nuestras mesas. No bebió vino y no probamos á violentarle; la conciencia del musulman es tan respetable como la nuestra: hacer pecar á un turco contra la ley que su religion le impone, me ha parecido siempre cosa tan culpable y absurda como tentar á un cristiano. Largo rato hablamos de Europa y de nuestros usos, de los que nos parecia grande admirador, y él nos habló de su modo de administrar su pueblo. Su familia gobierna hace siglos este canton privilegiado del Anti-Líbano, y los progresos de propiedad, agricultura, policia y limpieza que habiamos admirado al cruzar el territorio de Zebdani, eran debidos á aquella excelente raza de jeques. Lo mismo sucede en todo el Oriente: todo es escepcion y anomalías; el bien, como el mal, se perpetúan en él sin término. Por aquel pueblo encantador pudimos juzgar de lo que serian aquellas provincias bien administradas. El jeque admiró mucho mis armas, y sobre todo

un par de pistolas de piston, y disfrazó mal el placer que le causaria la posesion de aquella arma; pero yo no podia ofrecérsela, pues aquellas eran mis pistolas de batalla, que queria conservar hasta mi vuelta à Europa. Le regalé un reloj de oro para su muger, regalo que recibió con toda la cortés resistencia que pondriamos en Europa para aceptar uno semejante, y aun afectó quedar completamente satisfecho, aunque para mí era evidente su predileccion por el par de pistolas. Trajéronnos una multitud de almohadones y de alfombras para acostarnos; los tendimos sobre el divan donde él dormia tambien, y nos dormimos al rumor del rio que murmuraba bajo nuestras camas.

Salimos al dia siguiente con el alba,—cruzamos la segunda mitad de la aldea de Zebdani, mas hermosa aún que la que habiamos visto la víspera. El jeque nos hace escoltar hasta Damasco por algunos hombres à caballo de su tribu: allí despedimos à los ginetes del emir de Balbek, que no estarian seguros en el territorio de Damasco. Andamos durante una hora por caminos cercados de setos vivos, tan anchos como en Francia y perfectamente cuidados. Una bóveda de albericoques y de perales cubre el camino; à derecha é izquierda se estienden vergeles sin fin, luego campos cultivados, llenos de hombres y de ganados: todos estos vergeles están regados por arroyos que bajan de las montañas à la izquierda. Las

montañas están cubiertas de nieve en sus cimas; la llanura es inmensa y nada la limita à nuestra vista mas que las arboledas en flor. Despues de haber caminado así tres horas como en medio de los mas deliciosos paisages de Inglaterra ó de Lombardía, sin que nada nos recordase el desierto y la barbarie, llegamos à un país estéril y mas quebrado: la vegetacion y el cultivo desaparecen casi del todo. Colinas de roca, apenas cubiertas de un musgo amarillento, se estienden delante de nosotros, limitadas por montañas grises mas altas, é igualmente peladas. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, al pié de aquellas montañas, lejos de toda habitacion: allí pasamos la noche à la orilla de un torrente profundamente encajonado que resuena como un trueno sin fin en una garganta de peñascos y arrastra aguas fangosas y copos de nieve.

A las seis montamos à caballo: como aquella va à ser nuestra última jornada, completamos nuestros trages turcos para no ser reconocidos por Francos en las cercanías de Damasco. Mi muger se viste como las mugeres árabes y un largo velo de lienzo blanco la rodea de pies à cabeza. Nuestros árabes se acicalan tambien un poco y nos enseñan con el dedo las montañas que aun nos falta pasar, gritando: Scham! Scham! que es el nombre árabe de Damasco.